



LA PAREJA DEL CACTUS

Hace mucho tiempo, en tierras de lo que hoy es la provincia de Catamarca, vivían en guerra permanente las tribus de los Huasanes y los Mallis. La hija del cacique de los Huasanes, llamada Munaylla, que en lengua quechua significa “hermosa”, había conocido al hijo del gran jefe de los Mallis, Pumahima, nombre que quiere decir “valiente”.

Pero la rivalidad que había entre las dos comunidades era muy fuerte y, cada vez que se encontraban en algún valle o en alguno de los caminos comunes, no podían evitar desearse un mal augurio. Esto, por supuesto, era un problemón y complicaba la convivencia diaria y había discusiones por casi todo.

No obstante, la princesa y el príncipe de las dos tribus se amaban con gran fervor. Y ese cariño que se tenían era un buen augurio de que, quizás, las próximas generaciones podrían sortear sus diferencias y convivir en paz. Pero, a pesar de las buenas intenciones que esta relación significaba, ninguno de los dos enamorados se atrevía a confesarlo ni a su familia, ni a sus amigos, ni a nadie. Su amor sería tan cuestionado por su entorno que tenían miedo de contarlo.

Y este hecho de tener que ocultar su amor hacía que los dos tuvieran que pensar mil maneras de verse sin que nadie los vea. No era para nada fácil vivir así. A veces, se encontraban detrás de las terrazas de cultivo; otras, en las acequias que llevaban agua a las plantas y las casas. La mejor excusa que encontraron consistía en que los dejaran cuidar el ganado. Así que, mientras Pumahima paseaba a las llamas y los guanacos; Munaylla sacaba a dar vueltas a las alpacas, las llamas y los guanacos antes de que los esquilaran para elaborar la lana con las que hacían su vestimenta.

En uno de sus muchos encuentros, entre animales y prendas de lana, Pumahima tuvo una desesperada idea que, sin dudar, propuso a su novia:

—¡Escapa conmigo! Vayámonos a donde no puedan encontrarnos; será esa la única forma de estar juntos y de ser felices.



Munaylla, que amaba con locura a su novio, dudó por unos instantes y le dijo:

—¿Escapar? ¿Cómo podemos huir sin que nadie nos encuentre? ¿Podremos ser felices si nadie puede ver nuestra dicha? Aunque... ahora estoy desdichada y mi vida está lastimada por el amor que te tengo que no puedo expresar.

Pero al decir estas palabras, la cara de Pumahima se transformó por la tristeza. De sus ojos brotaron lágrimas que cayeron sobre el suelo regando la árida tierra del valle. Entonces, Munaylla, al ver esta escena, despejó todas sus dudas e inmediatamente aceptó huir con su amado.

No era para nada fácil esconderse todo el tiempo. Menos, en esa zona en la que, los de su tribu, conocían cada rincón como la palma de su mano. Así que idearon un plan: de día se ocultarían en los depósitos subterráneos en donde almacenaban el algarroba y la tuna; de noche, caminarían incansablemente, al amparo de los frondosos árboles. Y aunque parezca increíble, los dioses se apiadaron de ellos y los ayudaron para que no los encuentren. De día, la Pachamama les dejaba frutas en los árboles que se cruzaban. Y a la noche, Quilla Hatum, la Luna Grande, ocultaba su mágico resplandor para que ninguno de sus perseguidores los descubrieran.

Huyeron durante cuatro días y cuatro noches. Hasta que, al caer la quinta noche, oyeron voces a la distancia; sin duda, eran las de sus rastreadores. Sucedió que ambas tribus se habían puesto en marcha para detenerlos y castigarlos. Ya habían descubierto leurs rastros y se acercaban peligrosamente a los enamorados.

Munaylla, desesperada, pidió la Pachacámak, el dios cuyo nombre debía pronunciarse con la cabeza inclinada y los brazos elevados al cielo. Era un dios de los más enojadizos y no convenía a casi nadie molestarlo. Sin embargo, al ver que los dos se amaban con mucha convicción, Pachacámak accedió a sus pedidos y encontró la forma de salvarlos: convirtió a Pumahima en una planta nunca vista hasta entonces, recta y alta como una torre y cubierta de espinas. Era el cactus.

La planta abrió su corazón, que era como una puerta, y en su interior se refugiaron los dos amantes desesperados. Poco después llegaron los perseguidores pero



pasaron de largo junto al cactus sin sospechar que cobijaba a los dos jóvenes. Jamás los hallaron.

Y así se sucedieron los días y las noches, mientras Pumahima y Munaylla se mantenían abrazados y contentos de que ahora podía estar juntos sin que nadie los molestara. Se quedaron siempre allí, juntos y felices. Ni siquiera Pachacámak pudo convencerlos para que salieran, ya que una vez olvidado el conflicto los visitó para ofrecerles recobrar su forma humana. Pero ellos se negaron y le rogaron al dios que les permitiera seguir tal como estaban, seguros y enamorados para siempre.